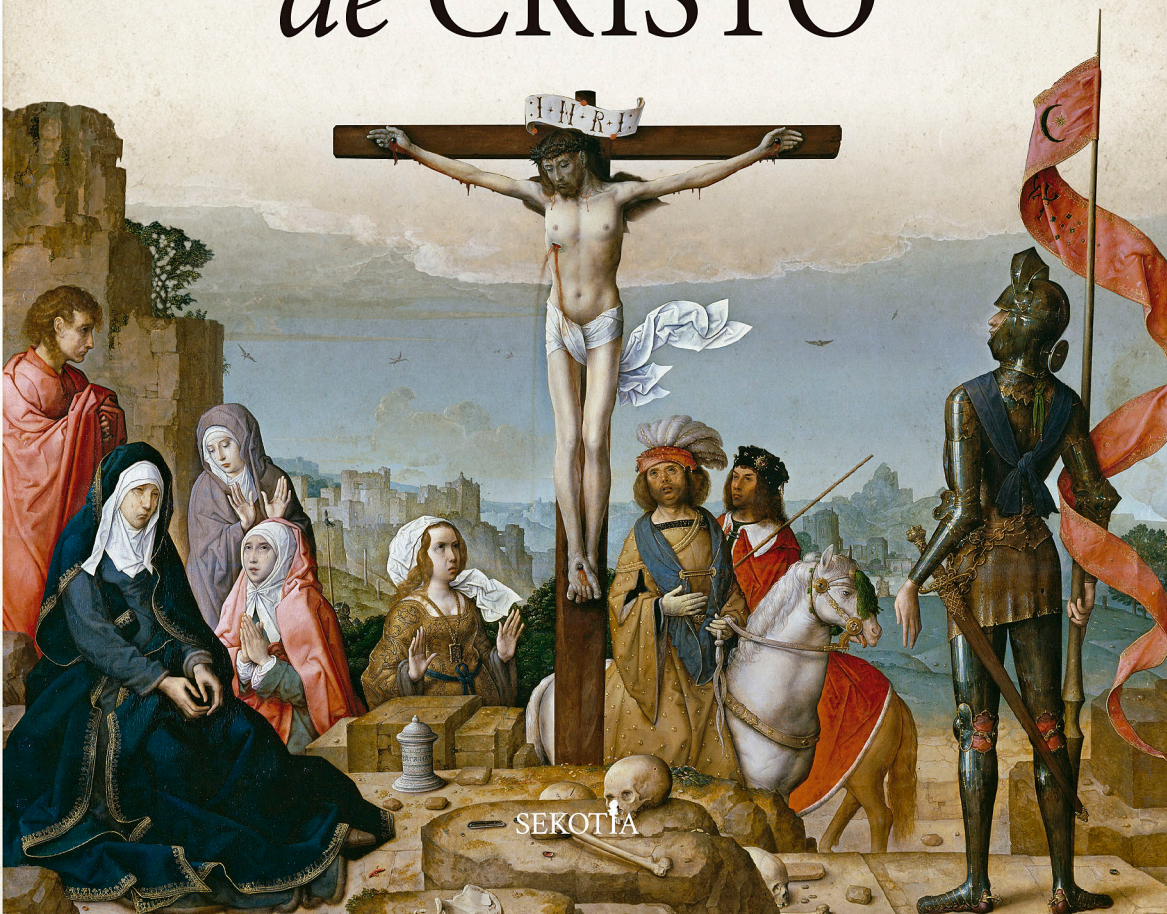


LUIS ANTEQUERA

Descubre los cinco días que cambiaron la historia para siempre. Un relato histórico que desentraña los eventos cruciales de la pasión de Jesucristo.

HISTORIA DESCONOCIDA *de la PASIÓN de CRISTO*



LUIS ANTEQUERA

*Historia desconocida de la
Pasion de Cristo*

SEKOTIA

© LUIS ANTEQUERA, 2024
© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2024

Primera edición: marzo de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA
Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN
Maquetación: MIGUEL ANDRÉU

www.sekotia.com
pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com

Editorial Sekotia
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-19979-15-5
Depósito: CO-348-2004
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

INTRODUCCIÓN.....	7
1. LOS ENEMIGOS.....	9
1. INTRODUCCIÓN.....	11
2. LOS FARISEOS.....	13
2.1. Jesús y los fariseos.....	16
2.2. Los fariseos, ¿responsables de la muerte de Jesús?.....	21
3. LOS SADUCEOS.....	27
3.1. Jesús y los saduceos.....	30
3.2. Los saduceos y la muerte de Jesús.....	33
4. EL ESTAMENTO REAL.....	35
4.1. Herodes Antipas.....	38
4.2. Herodes Antipas y Jesús.....	40
4.3. La condición davídica de Jesús, una amenaza para Herodes.....	44
4.4. Herodes y la muerte de Jesús.....	48
5. LOS CELOTES.....	51
5.1. ¿Celotes entre los discípulos de Jesús?.....	56
5.2. Los celotes y la muerte de Jesús.....	58
6. EL PODER ROMANO.....	63
6.1. Poncio Pilato.....	67
6.2. Poncio Pilatos y Jesús.....	75
6.3. Poncio Pilatos y la muerte de Jesús.....	79
7. LOS ESENIOS.....	85
8. CONCLUSIÓN.....	91
2. EL JUICIO.....	95
1. LA ÚLTIMA CENA.....	97
2. LA DETENCIÓN.....	101
3. EL JUICIO JUDÍO.....	105
3.1. El Sanedrín judío.....	105
3.2. El Ius Gladii, o derecho de los judíos a aplicar la pena de muerte.....	111
3.3. Las sesiones previas.....	124
3.4. Jesús ante el Sanedrín.....	127
3.5. Irregularidades del juicio de Jesús.....	131
3.6. El delito de blasfemia y la pena que le corresponde en la Ley judía.....	136

4. EL JUICIO ROMANO	141
4.1. ¿Y si Poncio Pilato no hubiera estado en Jerusalén?	143
4.2. ¿Habría sido posible una apelación de Jesús?	150
4.3. Sede del tribunal.....	150
4.4. Jesús ante Pilatos.....	153
5. EL JUICIO GALILEO	165
6. CONCLUSIONES.....	171
3. EL DELITO	175
1. ¿BLASFEMIA? ¿SEDICIÓN? ¿POR QUÉ SE CONDENA A JESÚS?	177
1.1. La presencia de una cohorte romana en la guardia que detiene a Jesús....	181
2. LA PERSECUCIÓN DE CRISTIANOS DESPUÉS DE LA CRUCIFIXIÓN DE JESÚS.....	197
3. LO QUE DICEN LOS TEXTOS NO CRISTIANOS	201
4. CONCLUSIÓN	209
4. LA BLASFEMIA QUE LLEVA A JESÚS A LA CRUZ.....	211
1. JESÚS, EL MESÍAS.....	215
2. JESÚS, EL HIJO DE DAVID	217
2.1. Jesús, el Hijo de David en el Evangelio de Mateo	217
2.2. Jesús el Hijo de David en el Evangelio de Marcos	219
2.3. Jesús el Hijo de David en el Evangelio de Lucas.	221
2.4. Jesús el Hijo de David en el Evangelio de Juan	223
3. JESÚS, EL HIJO DEL HOMBRE	227
4. JESÚS, EL HIJO DE DIOS.....	231
5. LA DATACIÓN DE LOS EVANGELIOS Y SU IMPORTANCIA PARA DETERMINAR LA AUTENTICIDAD DE LA BLASFEMIA PRONUNCIADA POR JESÚS	247
6 LA BLASFEMIA DE JESÚS EN LOS TEXTOS NO CRISTIANOS	253
5. LA FECHA DE LOS HECHOS.....	257
1. LA FECHA DEL NACIMIENTO DE JESÚS	267

Introducción

Durante una Pascua judía del año 30 o del año 33 —dependiendo la lectura que hagamos de los textos evangélicos se determina un año o el otro como aquél en el que tuvo lugar— ocurre un evento que entonces se presenta como prácticamente «cotidiano», sin demasiada importancia: se trata de una crucifixión, una crucifixión más de las muchas que se producen en el Imperio Romano, el cual ha alcanzado ya unas dimensiones colosales para la época, y particularmente en un punto de dicho Imperio, sus tierras más orientales, las que abarcan Siria y Palestina, ya en el continente asiático.

Nadie puede entonces ni imaginar el alcance histórico que ese suceso —que en ese momento apenas reviste el aspecto de un pequeño altercado contra el orden público— va a tener en la historia de la humanidad, desencadenando un proceso que llevará a la fundación y formación de toda una religión, la cual, gracias al impulso proselitista de sus primeros jefes y de aquéllos que los sucederán, acabará implicando de una manera directa a casi uno de cada tres seres humanos del entero planeta Tierra, y de manera indirecta a la práctica totalidad de la humanidad.

Es el crucificado un galileo de religión judía, que ha conseguido agrupar en torno a sí un pequeño grupo de seguidores, de condición, por lo general, humilde, a los que convence no sólo de que él es el mesías que está esperando el pueblo judío, sino incluso más, que él es el mismísimo «Hijo de Dios», una titulación con connotaciones que exceden lo meramente terrenal y trascienden lo meramente humano.

Para llegar a dicha crucifixión se ha producido un proceso judicial verdaderamente único en la historia. Un juicio que va a implicar a varias jurisdicciones diferentes —hasta tres, como veremos— las cuales acaban improvisando un procedimiento sin parangón ninguno conocido. El análisis en profundidad de ese juicio resulta sumamente revelador, además, del proceso que se vive en la región, con un pueblo antiquísimo y culto, con literatura centenaria y una clara conciencia de sí mismo, el pueblo judío, que se resiste a ser absorbido y asimilado por la que es la gran potencia de la época, empeñada, por el contrario, en absorberlo y asimilarlo: ni más ni menos que Roma.

La presente obra pretende describir el extraño procedimiento judicial al que nos referimos, convertido, dada la trascendencia que tendrá, en uno de los momentos cruciales de la historia humana, por no decir el más importante.

Para ello, procederemos al análisis de cuatro temas que nos parecen los fundamentales: los posibles enemigos de Jesús; el análisis del juicio al que fue sometido; el delito por el que es condenado; y finalmente, de manera muy breve, la fecha en la que estos eventos tuvieron lugar.

Quedaría un tema importante por analizar, la pena a la que Jesús es castigado que no es otra que, como sabemos, la crucifixión. Tema este que he tenido ocasión de analizar en detalle ya en el libro que antecede a este en su publicación, titulado *Crucifixión. Orígenes e Historia del suplicio*.

1. LOS ENEMIGOS

1. Introducción

Cuando un buen día del primer tercio del s. I —que ya tendremos ocasión de fechar con precisión más adelante— se desencadenan de manera repentina y brutal los acontecimientos que concluyen con la crucifixión de un hombre tenido por ejemplar por muchos de sus contemporáneos y por millones de seres que más adelante harán de los principios que preconiza verdad de fe y argumento de su salvación, lo primero que cabe preguntarse es quiénes fueron los poderosos enemigos de ese hombre, como para que un hecho tan en principio aberrante, la crucifixión de un hombre justo, pudiera llegar a producirse.

Lo cierto, sin embargo, es que en una especie de constelación maldita que le conduce inexorablemente a su trágico final, a lo largo de su impenitente peregrinar por las tierras de Palestina, ese hombre justo no para de hacer enemigos, hasta llegar a un punto en que pocos, y, sobre todo, poco poderosos, son los que no tienen algún motivo para desear su muerte. Estos enemigos los halla Jesús tanto en el poder, llámese civil, llámese religioso, como en la sociedad con la que convive cada día. Ahora bien, ¿de quiénes se trata?

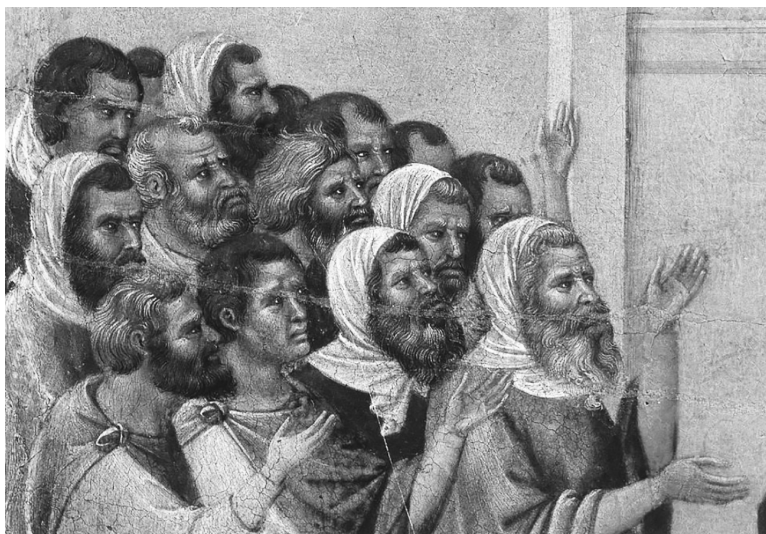
2. Los fariseos

De todos los grupos sociales judíos con los que Jesús termina enemistado, según leemos en los Evangelios, el grupo con el que más agriamente le vemos enfrentarse en ellos no es otro que el de los fariseos, del que se nutre en buena parte el cuerpo de los escribas, esto es, los doctores e intérpretes de la Ley judía o Torah. Y bien, ¿a qué es debida tamaña aversión entre un solitario profeta itinerante, como se presenta Jesús en los textos canónicos, y un grupo tan importante como lo es en la sociedad judía de su época, el de los fariseos? Tal es la cuestión que vamos a intentar desenmarañar en las líneas que siguen a las presentes.

El de los fariseos es un grupo que se organiza cuando los asmoneos se hacen con el control del Templo en el s. II a. C. tras sublevarse contra los seleúcidas sirios de Antíoco IV Epífanes, el cual pretendía helenizar al pueblo judío y a la principal de sus instituciones, el Templo. El propio nombre por el que se les conoce, «fariseos», ya dice algo sobre ellos: ora derive del hebreo *perushim*, «los segregados», ora derive del no menos hebreo *paroshim*, «el que distingue con precisión», cualquiera de las dos acepciones es reveladora de la actitud que adoptan los fariseos ante los nuevos hombres fuertes de la situación, los asmoneos, una actitud que cabe definir como de resistencia.

Como quiera que sea, en su activismo político, los fariseos conocen tanto las hieles, cosa que sucede en tiempos de los asmoneos

Juan Hircano (134-104 a. C.) y Alejandro Janeo (103-76 a. C.), y del idumeo Herodes el Grande (37-4 a. C.), quien elimina muchos de ellos (cf. Ant. 17, 2, 4), como las mieles, cosa que ocurre, por ejemplo, en tiempos de la asmonea Salomé Alejandra (76-67).



Los fariseos. Duccio di Buononsegna. Jesús acusado por los fariseos (1310).
Museo dell'Opera del Duomo. Siena

Grupo de una cierta entidad para cuando acontecen los eventos que analizamos aquí, más de cinco mil según nos informa Flavio Josefo (cf. Ant. 17, 2, 4), fariseo él mismo según reconoce en su *Autobiografía* (cf. op. Cit. 2, 2), sus componentes son miembros del clero y de la pequeña burguesía judía, si podemos hablar de tal, y poseen en tiempos de Jesús un indudable influjo sobre la masa popular, tanto que, refiriéndose al grupo más poderoso entre los judíos, el de los saduceos, dice de estos Josefo:

«Se resignan [los saduceos] en contra de su voluntad y a la fuerza a seguir las directrices de lo que enseña la doctrina de los fariseos. Y eso porque el pueblo no les consentiría ningún otro proceder» (Ant. 1, 2).

Influjo al que hay que añadir el que ejercieron desde instancias reales de poder, tales como el propio Templo y también el Sanedrín, el órgano de gobierno y judicial a cuyos escaños accedieron con cierta asiduidad a través, sobre todo, del tercero de sus tres estamentos, el de los escribas, en el que estaban muy introducidos.

Entre los principios básicos de su pensamiento religioso, destaca una suerte de predestinación atenuada, la creencia en la existencia del alma y su supervivencia tras la muerte, y la concesión de un premio y un castigo en el más allá, según nos cuenta pormenorizadamente Flavio Josefo:

«Y aunque entienden que todo el acontecer humano está determinado por el destino, tampoco quitan a la voluntad su propia iniciativa, por haber determinado Dios, por un lado, que en el devenir de los acontecimientos intervenga también la decisión del destino, y por otro, que la voluntad de los hombres proceda con virtud o maldad. Y creen ellos que las almas poseen el don de la inmortalidad, y que cuando ellas bajan al otro mundo sufren condenas o reciben premios, según en la vida se hubieran conducido perversa o virtuosamente, de suerte que las primeras reciben como pago la prisión eterna, y las segundas la facultad de volver a la vida» (Ant. 18, 1, 2).

En cuanto a aspectos más terrenales de la existencia, los fariseos no reniegan de la esperanza en un mesías que liberará al pueblo judío —creencia prácticamente general en la sociedad hebrea contemporánea de Jesús—, como demuestran, simplemente, las numerosas veces en las que contemplamos a Jesús y a fariseos discutir sobre las condiciones en las que se producirá el advenimiento de ese mesías (cf. Mt. 22, 41-46; Jn. 1, 19-34; Jn. 3, 1-21; Jn. 7, 31-32).

Pero lo que más caracteriza el pensamiento religioso fariseo es la desmedida preocupación por cumplir con los aspectos más formales y visibles de la Ley: estricta observancia de los ritos de purificación, escrupuloso cumplimiento del Sabbath, respeto total de las normas alimentarias, etc., de lo que nos da buena cuenta también Josefo:

«Había por aquel entonces [se refiere a la época de Herodes el Grande] una secta judía que alardeaba extraordinariamente de cumplir escrupulosamente las tradiciones patrias y de interpretar las leyes en la manera que es grato a Dios [...] Se llamaban fariseos (Ant. 17, 2, 4).

Y más adelante:

«Los fariseos llevan una vida frugal, sin la menor concesión a la molicie y siguen fielmente aquellos principios que la razón les sugiere y determina como buenos». (Ant. 18, 1, 2).

2.1. JESÚS Y LOS FARISEOS

Jesús, por el contrario de lo que le sucede con otros grupos, se encuentra a los fariseos por donde quiera que vaya. Y es que los fariseos, aunque desde luego tienen su centro de operaciones en Jerusalén como demuestra que algunos de los fariseos que el maestro galileo se encuentra en su camino proceden de la gran capital judía (cf. Mt. 15, 1), no constriñen su labor de apostolado a dicha ciudad o simplemente a la región de Judea, sino que están en Galilea, al lado este del Jordán... En toda Palestina, en suma.

La relación de Jesús con ellos es extremadamente abrupta, y así la registran los evangelios en cada una de sus páginas. Los fariseos andan continuamente detrás de sus pasos, reprochándole esto y aquello.

«¿Por qué come vuestro maestro con publicanos y pecadores?». (Mt. 9, 11).

«¿Por qué mientras los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan, tus discípulos no ayunan?». (Mc. 2, 18).

«¿Quién es este que dice blasfemias?». (Lc. 5, 21).

Reproches como los precedentes, son sólo algunas de las «lindizas» con las que los fariseos obsequian a Jesús por donde quiera que pase y va. Este, sin embargo, no se arredra y responde dedicándo-

les las más duras diatribas que vemos salir de su boca, alguna de las cuales con palabras tan gruesas como las que rezan:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Vosotros ciertamente no entráis; ¡y a los que están entrando no les dejáis entrar! [...]

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! [...] ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!

¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, pues sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! ¡Así también vosotros, por fuera aparecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad!» (Mt. 23,13-28).

La discrepancia entre Jesús y los fariseos va a versar sobre dos puntos fundamentales. El primero de ellos, el cumplimiento de la ley en sus aspectos más formalistas, cosa contra el cual se manifiesta Jesús:

«Los fariseos y los escribas le preguntan: “¿Por qué tus discípulos no viven conforme a la tradición de los antepasados, sino que comen con manos impuras?” Él les dijo: “Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito: ‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres’. «Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres.”. Les decía también: “¡Qué bien violáis el mandamiento de Dios, para conservar vuestra tradición!”». (Mc. 7, 5-9).

Uno de los aspectos concretos en el que este debate sobre el cumplimiento formal de la ley se hace más rancio es el relativo a la observancia del estricto descanso sabático, ordenado en la Ley:

«Guardad el sábado, porque es sagrado para vosotros. El que lo profane morirá. Todo el que haga algún trabajo en él será exterminado de en medio de su pueblo. Seis días se trabajará, pero el día séptimo será día de descanso completo, consagrado a Yahvé. Todo aquel que trabaje en sábado, morirá» (Ex. 31, 14-15).

Incuestionable entre los fariseos hasta extremos que hoy día consideran ridículos incluso buena parte de la sociedad judía. Sólo a modo de ejemplo, la prohibición de algo tan elemental como encender la chimenea en sábado (cf. Ex. 35, 3). La observancia del sábado provoca discusiones tan triviales como ésta:

«En aquel tiempo cruzaba Jesús un sábado por los sembrados. Y sus discípulos sintieron hambre y se pusieron a arrancar espigas y a comerlas. Al verlo los fariseos, le dijeron: “Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado.” Pero él les dijo: “¿No habéis leído lo que hizo David cuando sintió hambre él y los que le acompañaban, ¿cómo entró en la Casa de Dios y comieron los panes de la Presencia, que no le era lícito comer a él, ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes? ¿Tampoco habéis leído en la Ley que en día de sábado los sacerdotes, en el Templo, quebrantan el sábado sin incurrir en culpa? Pues yo os digo que hay aquí algo mayor que el Templo. Si hubieseis comprendido lo que significa ‘Misericordia quiero, que no sacrificio’”, no condenaríais a los que no tienen culpa». (Mt. 12, 1-7).

Las palabras de Jesús no pueden ser más provocativas que cuando proclama de sí mismo:

«Porque el Hijo del hombre es señor del sábado». (Mt. 12, 8)

En consecuencia, con las cuales Jesús practica no pocos milagros en sábado. Los evangelistas dan cuenta al menos de cuatro: el de la curación del hombre de la mano seca (cf. Mt. 12, 10-14); el de la de la mujer encorvada (Lc. 13, 10-17); el de la del hidrópico (Lc. 14, 1-6); el de la del hombre enfermo de la piscina de Betzató (Jn. 5, 1-18), todos los cuales, sin excepción, provocan las más agrias diatribas de los fariseos contra el maestro galileo.

El segundo aspecto que enrarece la relación entre Jesús y los fariseos es la intitulación de este como el mesías esperado por los judíos. Y es que, a pesar de que los fariseos profesan encendidamente la creencia en el advenimiento de un mesías salvador en algún momento de la historia, posiblemente incluso próximo, en ningún momento aceptan contemplar la eventualidad de que ese mesías sea precisamente Jesús. Jesús intenta convencerles de ello:

«Estando reunidos los fariseos, les propuso Jesús esta cuestión: “¿Qué pensáis acerca del Cristo [Cristo no significa otra cosa que mesías]? ¿De quién es hijo?” Dícenle: “De David.” Díceles: “Pues ¿cómo David, movido por el Espíritu, le llama Señor, cuando dice: ‘Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies’. Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?” Nadie era capaz de contestarle nada; y desde ese día ninguno se atrevió ya a hacerle más preguntas» (Mt. 22, 41-46).

Pero lo cierto es que, aunque consiga persuadir de condición tal a muchos otros judíos, nunca logra que le acepten como tal los fariseos:

«Y muchos entre la gente creyeron en él y decían: “Cuando venga el Cristo, ¿hará más signos que los que ha hecho este?” Se enteraron los fariseos de que la gente hacía estos comentarios acerca de él y enviaron guardias para detenerle [...]

Los guardias volvieron a los sumos sacerdotes y los fariseos. Éstos les dijeron: “¿Por qué no le habéis traído?” Respondieron los guardias: “Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre.” Los fariseos les respondieron: “¿Vosotros también os habéis dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en él algún magistrado o algún fariseo? Pero esa gente que no conoce la Ley son unos malditos.”» (Jn. 7, 31-49).

Y todo ello, aún a pesar de que, después de todo, no son pocos los puntos que Jesús tiene en común con el grupo al que nos estamos refiriendo: el primero, su respeto por la Ley mosaica, sobre la que, al fin y a la postre, no es otro que Jesús quien declara:

«Más fácil es que el cielo y la tierra pasen que no que caiga un ápice de la Ley». (Lc. 16, 17).

Junto a él, otros tales como su extraordinario y prolijo conocimiento de las escrituras; el hecho de predicar en las sinagogas —«Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas» (Mt. 4, 23)—, lugar igualmente frecuentado por los fariseos; pero también y no menos, determinados conceptos de gran importancia en la ideología de unos y de otro: la creencia mesiánica, la fe en la vida eterna, la esperanza en la existencia de un premio y de un castigo en el más allá, etc.

En más de un pasaje del Evangelio, los fariseos demuestran un acendrado interés en departir con Jesús. Fariseo es Nicodemo que, a toda costa, y aún en la clandestinidad de la noche, se juega el tipo para parlamentar con el maestro de Galilea (cf. Jn. 3, 1-21); se lo vuelve a jugar dando la cara por él ante los demás fariseos (cf. Jn. 7, 50-52); y al final, cuando todo ha terminado, aporta los aceites con los que se embalsama el cuerpo de Jesús descendido de la cruz (cf. Jn. 19, 39).

En otro pasaje vemos como «un fariseo le rogó que comiera con él» (Lc. 7, 36), lo que se repite por lo menos dos veces más (ver Lc. 11, 37; Lc. 14, 1). En otro momento, unos fariseos no pueden reprimir aplaudir a Jesús cuando con una de sus rápidas respuestas calla la boca a los saduceos:

«Algunos de los escribas [generalmente fariseos] le dijeron: “Maestro, has hablado bien.”». (Lc. 20, 39).

Y en otro pasaje, tan desconocido como inesperable, fariseos son los que salvan la vida de Jesús:

«En aquel mismo momento, se acercaron algunos fariseos y le dijeron [a Jesús]: “Sal y vete de aquí, porque Herodes [se trata de Herodes Antipas, el mismo que ya había hecho decapitar al Bautista] quiere matarte”» (Lc. 13, 31).

Una vez desaparecido Jesús del escenario, otro fariseo, Gamaliel (maestro, por cierto, de Pablo), realiza en el Sanedrín una encendida defensa de los apóstoles, una vez que son apresados por los judíos:

«Entonces se levantó en el Sanedrín un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la ley, con prestigio ante todo el pueblo. Mandó que hicieran salir un momento a aquellos hombres, y les dijo: “Israelitas, mirad bien lo que vais a hacer con estos hombres. Porque hace algún tiempo se presentó Teudas, que pretendía ser alguien y al que siguieron unos cuatrocientos hombres; fue muerto y todos los que le seguían se dispersaron y quedaron en nada. Después de este, en los días del empadronamiento, se presentó Judas el Galileo, que arrastró al pueblo en pos de sí; también este pereció y todos los que le habían seguido se dispersaron. Ahora, pues, os digo: Desentendeos de estos hombres y dejadlos. Porque si este plan o esta obra es de los hombres, frac-

sará; pero si es de Dios, no conseguiréis destruirlos. No sea que os encontréis luchando contra Dios.” Y aceptaron su parecer» (cf. Hch. 5, 34- 39).

Fariseo es también uno de los más importantes seguidores de Jesús, Pablo, según declara nadie sino él sobre sí mismo:

«Circuncidado el octavo día; del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo e hijo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo. (Flp. 3, 5).

Que una vez desaparecido Jesús sigue existiendo una gran permeabilidad entre cristianos y fariseos lo demuestra el libro de los Hechos, que no se priva de mencionar a aquéllos de la «secta de los fariseos, que habían abrazado la fe» (Hch. 15, 5). Por no ser, ni siquiera es descartable que el gran conocimiento que Jesús demuestra sobre los fariseos y también la mutua antipatía que se profesan uno y otros, sean debidas a una posible militancia de Jesús, en algún momento de su vida —y su eventual deserción—, en el grupo que con mayor frecuencia es objeto de sus diatribas.

2.2. LOS FARISEOS, ¿RESPONSABLES DE LA MUERTE DE JESÚS?

Y bien, todo esto dicho, la pregunta que se plantea es la siguiente: ¿están o no están los fariseos detrás de la muerte de Jesús?

La respuesta se presenta clara en cualquiera de los evangelios al que nos dirijamos: sí; sin lugar a duda, sí. En Juan, el momento en el que los fariseos deciden resueltamente que es necesario eliminar al maestro galileo de la escena es muy tardío y data de los últimos días de Jesús. El Galileo acaba de resucitar a su amigo Lázaro muy cerca de la Pascua y muy cerca de Jerusalén, y ello, como es fácil de imaginar, provoca un aumento importante de sus adeptos:

«Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: “¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchos signos.

Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación.” [...] Desde este día, decidieron darle muerte» (Jn. 11, 47-53).

Es muy significativo de la escena que diga Juan que «convocaron consejo», lo que quiere decir que la conspiración en cuestión no es informal, sino que tiene lugar probablemente con todos los confabulados «constituidos en Sanedrín». Desde el punto de vista judicial puede decirse que se trató de un verdadero juicio en ausencia.

En los Sinópticos, el momento de la confabulación contra Jesús es bastante anterior, y data de la primera discusión que Jesús y fariseos mantienen sobre la observancia del sábado, en los albores del ministerio de Jesús:

«Pero los fariseos, en cuanto salieron, se confabularon contra él para eliminarle» (Mt. 12, 14; similar en Mc. 3, 6, aunque Marcos habla de la participación en la confabulación de los herodianos; y en Lc. 6, 11, donde, aunque se pone de manifiesto la preocupación farisea frente a Jesús, no se habla propiamente de eliminar a Jesús sino de «qué hacer” con él).

A partir de ese momento la persecución no conoce fin:

«Cuando salió de allí, comenzaron los escribas y fariseos a acosarle implacablemente y hacerle hablar de muchas cosas, buscando con insidias, cazar alguna palabra de su boca» (Lc. 11, 53-54).

Marcos va un paso más allá y nos habla de una confabulación aún más extensa, un tanto extraña, a decir verdad, de la que forma parte un segundo grupo:

«En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodias contra él para ver cómo eliminarle» (Mc. 3, 6).

En lo que se refiere propiamente a la detención de Jesús, la responsabilidad de los fariseos sigue apareciendo muy clara en Juan:

«Judas pues, llega allí con la cohorte [guardia romana] y los guardias enviados por los sumos sacerdotes y fariseos.» (Jn. 18, 3).

No así en los Sinópticos, ninguno de los cuales se refiere a una participación farisea en el comando que detiene al profeta de Nazaret.

Determinado el grado de responsabilidad de los fariseos en la persecución y detención de Jesús, queda aún una pregunta en el tintero: ¿participaron de manera efectiva y directa también en el juicio y condena que se le siguió en el Sanedrín?

Los evangelios, ninguno de los cuatro, menciona explícitamente la participación de fariseos en dicho juicio, lo que exculparía al grupo, al menos en lo relativo a la sentencia. No debemos olvidar, sin embargo, que uno de los tres estamentos representados en el Sanedrín, junto con el de los sumos sacerdotes y el de los ancianos, es el de los escribas de la ley, y en segmento tal, la presencia farisea debía de ser efectivamente grande. Hasta dieciocho veces se utiliza en el Evangelio la locución «escribas y fariseos» identificando a unos y otros; el propio Jesús en persona se refiere a los fariseos junto con los escribas con bastante frecuencia, identificación que permite sospechar que alrededor de un tercio, probablemente más —no desde luego el sumo sacerdote, a quien tendremos ocasión de referirnos—, de los componentes del tribunal judío eran de adscripción farisea.

Mateo por último (y solamente Mateo), registra una última intervención farisea en todo el proceso de persecución de Jesús que concluye con su condena y crucifixión. Es la siguiente:

«Al otro día, el siguiente a la Preparación, los sumos sacerdotes y los fariseos se reunieron ante Pilato y le dijeron: “Señor, recordamos que ese impostor dijo cuando aún vivía: ‘A los tres días resucitaré.’ Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan luego al pueblo: ‘Resucitó de entre los muertos’, y la última impostura sea peor que la primera.”» (Mt. 27, 62-64).

Todo esto dicho, y a modo de resumen, de la relación de los fariseos con Jesús hay que extraer, por lo menos, dos conclusiones importantes.

En primer lugar, que no fue unánime: si desde un sector del fariseísmo la aversión por la figura de Jesús es tan cierta como insu-

perable, desde otro sector diferente se percibe una permeabilidad indiscutible hacia el mensaje del Nazareno.

En segundo lugar, que tuvo que ver más con la cercanía y la afinidad, que, con la lejanía y la incompatibilidad, algo que podemos contemplar tantas veces en la vida cotidiana y no digamos en la disputa política.

Y todo ello, en un doble aspecto. Primero, desde el punto de vista ideológico, esto es, el contenido de sus enseñanzas, donde la rivalidad no versa propiamente sobre la vigencia de la Ley que ninguno de los dos cuestiona, como sobre aspectos diríamos secundarios, la rigidez formal en la que los fariseos ponen el acento frente al enfoque teleológico que predomina en Jesús. Segundo, desde el punto de vista estratégico, esto es, el público al que uno y otros se dirigen, público que, no olvidemos, es —excepción hecha de algunos segmentos que podríamos llamar «contaminados», prostitutas, publicanos, a los que Jesús se dirige, pero los fariseos desprecian indistintamente (cf. Mc. 2, 15)— prácticamente el mismo, el de los am-ha arets, los pobres y desvalidos de la sociedad judía, a los que, al igual que Jesús, los fariseos no hacen ascos en absoluto, conscientes de que su ascendiente sobre dicho sector es la base del gran poder y predicamento del que disfrutaban también ante los poderosos.

Algunos autores radicales en el escepticismo sobre la veracidad de los evangelios (B. L. Mack, E. P. Sanders, P. Fredriksen) sostienen que la rivalidad entre Jesús y los fariseos no existió en absoluto, o fue menor, y que es una mera invención de los autores canónicos, los cuales, en cambio, si hubieran tenido la oportunidad de participar en dicha rivalidad por hacerse con el liderazgo de lo que quedaba del disperso y derrotado pueblo judío. La hipótesis de laboratorio carece de soporte en las fuentes originales, ni siquiera en aquella que más motivos habría tenido para hacerse eco de ella, el Talmud de los judíos, escrito por los sucesores de los fariseos. Sin llegar a esos extremos de escepticismo, sí da la impresión en cambio de que la cercanía de Jesús y los fariseos, y el conocimiento que de uno y otros sobre el adversario presentan los textos es, a veces, tan grande, que ni siquiera es de rechazar sin mayor análisis la eventualidad de

que, en algún momento de su vida extraevangélica, Jesús hubiera podido mantener una relación más estrecha y hasta amistosa con los fariseos que aquélla que presenciamos en los textos canónicos.

3. *Los saduceos*

El segundo grupo judío de los mencionados en los evangelios que cabe incluir en la nómina de los enemigos de Jesús es el de los saduceos, ideológicamente caracterizados por no creer en la inmortalidad de las almas, según nos cuenta Josefo:

«Su doctrina enseña que las almas se desintegran al mismo tiempo que los cuerpos» (Ant. 18, 1, 2).

Y nos confirma Mateo:

«Unos saduceos, esos que niegan que haya resurrección» (Mt. 22, 23).

Los saduceos deben muy probablemente su nombre al sacerdote Sadoq (cf. 1Re. 4, 4), cuyos descendientes desempeñan el cargo sacerdotal desde los tiempos de Salomón durante el período del Primer Templo, y también durante el del Segundo Templo hasta el año 171 a. C. Si bien, tal vez, sea más correcto diferenciar entre sadoquitas, que serían propiamente el grupo que acabamos de describir; y saduceos, que sería el grupo político procedente de la resistencia al advenimiento al poder del sumo sacerdote impuesto por los asmoneos, Jonatán Macabeo, a partir del año 152 a. C., el cual presenta como cartas credenciales de legitimación a la jefatura del Templo, precisa-

mente, la sucesión de los sadoquitas, a pesar de que no parece que le unieran, propiamente, vínculos de sangre con ellos.

Desde el punto de vista que aquí nos interesa, lo más importante de cuanto podemos decir de los saduceos son dos cosas. Primero, que conforman el partido judío, desde el punto de vista religioso, menos rigorista, limitándose a cumplir con las prescripciones estrictamente emanadas de la Torah o ley escrita —el Pentateuco, en definitiva—, y no entrando en las disquisiciones relativas a la estricta ley oral en la que tan sobremanera ponían el acento los fariseos. De su credo religioso dice Josefo:

«Y ellos no se preocupan de observar ninguna otra cosa que las leyes [se refiere a la Torah en contraposición a la ley oral], puesto que consideran una virtud discutir a los maestros las enseñanzas que éstos pretenden hacer prevalecer» (Ant. 18, 1, 2).

Segundo, que se hallan perfectamente aposentados en el poder, por lo que componen también, el grupo mejor instalado bajo el yugo invasor romano, con el que convive en relativa armonía. Residen y se desenvuelven en Jerusalén y sólo en Jerusalén, donde con toda probabilidad, ocupan las casas palaciegas del norte de la ciudad, de cuyos restos tanto estamos conociendo por las excavaciones arqueológicas realizadas desde 1969 por Nahman Avigad; y trabajan para las instituciones de gobierno religioso y civil, el Templo, el Sanedrín —solamente para estas instituciones podrían trabajar según Flavio Josefo hasta veinte mil personas—, puede que incluso para aquéllas que tienen que ver con la administración romana.

De todo ello, nos da cuenta Josefo:

«Esta doctrina [la de los saduceos] es admitida por pocos hombres, aunque estos pocos son los que ocupan los puestos principales» (Ant. 18, 1, 2).

Y mejor aún Lucas, quien, en su libro de los Hechos, en hasta tres ocasiones refiere la vinculación existente entre los saduceos y las importantísimas instituciones judías del Templo y el Sanedrín, ninguna de las cuales los romanos han cuestionado o atacado, demos-

trando lo bien instalados que se hallan en ambas. La primera de ellas, cuando refiere la detención de Pedro y de Juan al poco de desaparecer Jesús:

«Estaban hablando al pueblo [Pedro y Juan], cuando se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del Templo y los saduceos, indignados porque enseñaban al pueblo y anunciaban en la persona de Jesús la resurrección de los muertos. Les echaron mano y les pusieron bajo custodia hasta el día siguiente, pues caía ya la tarde» (Hch. 4, 1-3).

La segunda cuando refiere una nueva detención de los apóstoles, poco posterior:

«Entonces intervino el sumo sacerdote y todos los suyos, los de la secta de los saduceos; y llenos de envidia, echaron mano a los apóstoles y los metieron en prisión públicamente» (Hch. 5, 17-18).

Por cierto que, en ambas ocasiones —ocurridas las dos antes del año 36 d. C.—, y según sabemos por Flavio Josefo, el sumo sacerdote es Caifás.

«Y Vitelio, tras presentarse en Judea [cosa que acontece el año 36, pues está hablando de cuando cesa en el cargo a Poncio Pilato tras los sucesos de Samaria], depuso del cargo de sumo sacerdote a Josefo, de sobrenombre Cafayás [sic], y nombró en su lugar a Jonatas, hijo de Anán, que también había sido sumo sacerdote» (Ant. 18, 4, 3).

Trátase del mismo Caifás que mandó condenar a Jesús, saduceo pues, según cabe obtener como conclusión de los relatos cruzados de Josefo y de Lucas.

Y la tercera cuando narra la detención de Pablo (Hch. 23, 1-10), la cual degenera en colosal bronca entre saduceos y fariseos, cosa que debe de acontecer hacia el año 57-58. Y aunque ha transcurrido más de un cuarto de siglo desde que fuera crucificado Jesús, podemos dar por bueno que la situación en el Sanedrín es muy parecida a la que conoció el maestro de Galilea.

Todo esto dicho, no es difícil entresacar que la antipatía saducea por la figura de Jesús no estaría tanto relacionada con una cuestión ideo-

lógica, perspectiva desde la cual uno y otros incluso podrían compartir algunos postulados, tales como v. gr. su desprecio por el rigor formalista de la ley, como con una cuestión política, derivada del miedo saduceo a las consecuencias de cualquier cambio brusco del statu quo.

Entre los evangelistas hay dos posiciones sobre los saduceos: la de Juan, que los ignora por completo y no se refiere a ellos en una sola ocasión; y la de Mateo, el más preocupado por el papel que asumen en los hechos que conducen al fatal desenlace de Jesús, el cual los cita en siete ocasiones que se corresponden con cinco episodios diferentes. Marcos y Lucas se limitan a transcribir uno de los episodios de Mateo, si bien Lucas, como hemos tenido ocasión de ver, nos brinda en su otro libro, los Hechos de los Apóstoles, inmejorables datos para conocerlos. Cita Mateo, para empezar, el desprecio que la secta le merece a Juan Bautista, y la amenaza que este vierte sobre ellos:

«Acudía entonces a él Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Pero viendo venir muchos fariseos y saduceos a su bautismo, les dijo: “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, fruto digno de conversión, y no creáis que basta con decir en vuestro interior: ‘Tenemos por padre a Abrahán’; porque os digo que puede Dios de estas piedras suscitar hijos a Abrahán. Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego». (Mt. 3, 5-10).

3.1. JESÚS Y LOS SADUCEOS

Siempre según Mateo, Jesús no es menos explícito que el Bautista en lo que a los saduceos se refiere:

«Jesús les dijo [a los apóstoles]: “Abrid los ojos y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos”.» (Mt. 16, 6).

Mateo es el que relata las dos trampas que los saduceos intentan poner al inteligente maestro galileo, de ambas cuales, por cierto, salen escaldados.

La primera tiene lugar en Magadán, junto al lago Tiberíades, faltan aún unos meses para la Pascua que será su última, y Jesús, según siempre el relato de Mateo, ni siquiera ha hecho todavía a sus discípulos la gran revelación de que él es el verdadero mesías:

«Se acercaron los fariseos y saduceos y, para ponerle a prueba, le pidieron que les mostrase un signo del cielo. Mas él les respondió: “Al atardecer decís: ‘Va a hacer buen tiempo, porque el cielo tiene un rojo de fuego’, y a la mañana: ‘Hoy habrá tormenta, porque el cielo tiene un rojo sombrío.’ ¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir los signos de los tiempos! ¡Generación malvada y adúltera! Un signo pide y no se le dará otro signo que el signo de Jonás.” Y dejándolos, se fue» (Mt. 16, 1-4).

Se da una circunstancia curiosa en este encuentro, y es que constituye la única vez en los evangelios que Jesús se topa con los saduceos fuera de Jerusalén, lo que nada tiene de particular, habida cuenta de cuanto hemos dicho sobre la vinculación saducea a la ciudad santa y a sus instituciones.

La segunda trampa saducea de las dos que hablábamos arriba tiene lugar en circunstancias muy diferentes, pues Jesús se halla ya en Jerusalén, en la que ha de ser su última Pascua. El evento ocurre muy probablemente el lunes anterior al viernes fatídico, y forma parte, claramente, de los intentos desesperados en los que se hallan embaucados fariseos y saduceos para pillar al maestro galileo en alguna palabra inconveniente que facilite una detención y una condena que ya están decididas de antemano:

«Aquel día se le acercaron unos saduceos, esos que niegan que haya resurrección, y le preguntaron: “Maestro, Moisés dijo: Si alguien muere sin tener hijos, su hermano se casará con la mujer de aquél para dar descendencia a su hermano. Ahora bien, había entre nosotros siete hermanos. El primero se casó y murió; y, no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano. Sucedió lo mismo con el segundo, y con el tercero, hasta los siete. Después de todos murió la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será mujer? Porque todos la tuvieron.” Jesús les respondió: “Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Pues en la resurrección, ni ellos toma-

rán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo. Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo dicho por Dios: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. No es un Dios de muertos, sino de vivos.”. Al oír esto, la gente se maravillaba de su doctrina» (Mt. 22, 23-33; similar en Mc. 12, 18-27; Lc. 20, 27-40).

Existe todavía una tercera trampa considerada «saducea», la más interesante de todas desde el punto de vista dialéctico. Nos la relata Lucas:

«Le enviaron unos espías, que fingieran ser justos, para sorprenderle en alguna palabra y poderle entregar al poder y autoridad del procurador. Y le preguntaron: “Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud y que no tienes en cuenta la condición de las personas, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios: ¿Nos es lícito pagar tributo al César o no?” Pero él, habiendo conocido su astucia, les dijo: “Mostradme un denario. ¿De quién lleva la imagen y la inscripción?” Ellos dijeron: “Del César.” Él les dijo: “Pues bien, lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios.”». (Lc. 20, 20-25).

El episodio es muy curioso, porque cada evangelista le atribuye protagonistas diferentes. En Mateo, los que le ponen la trampa a Jesús son «los fariseos» (cfr. Mt. 22, 15). En Marcos es un grupo mixto formado de «fariseos y herodianos» (cfr. 12, 13). Y en Lucas es también un grupo mixto, pero de «escribas y sumos sacerdotes» (Lc. 20, 19). Los únicos que no son mencionados nunca por su nombre son, precisamente, los saduceos, aunque queda entenderlos incluidos, en el relato de Lucas, entre los sumos sacerdotes.

Los ataques de Jesús contra los saduceos son, desde luego, menos frecuentes que los que dirige contra los fariseos, entre otras cosas porque, como ya se ha dicho, tiene menos oportunidades de encontrárselos en su camino. Pero no por ello, son menos frontales: bien ilustrativo de lo dicho es la violenta expulsión por Jesús de los mercaderes del Templo, gobernado en la época por los saduceos.

3.2. LOS SADUCEOS Y LA MUERTE DE JESÚS

Todo esto dicho, nos formulamos la misma pregunta que nos hemos formulado más arriba a propósito de los fariseos: ¿estuvieron o no estuvieron los saduceos detrás de la muerte de Jesús?

Aceptado que el sumo sacerdote Caifás era saduceo y que también lo eran muchos de los miembros del Sanedrín, la respuesta es una vez más favorable, hasta tal punto que no es probablemente erróneo afirmar que los saduceos fueron los que con más ahínco buscaron la muerte de Jesús, más incluso que los fariseos. Buena prueba de ello, las palabras del saduceo Caifás, probablemente el segundo hombre más poderoso después de Pilatos en la provincia de Judea:

«Vosotros no sabéis nada ni caéis en la cuenta de que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación» (Jn. 11, 49-50).

Y no menos, el pasaje en el que se relata la conspiración saducea para acabar con Jesús de la manera más expeditiva:

«Entonces los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el palacio del sumo sacerdote, llamado Caifás, y resolvieron prender a Jesús con engaños y darle muerte» (Mt. 26, 3-4).

Obsérvese que en este revelador pasaje en el que miembros del Sanedrín se reúnen con el sumo sacerdote Caifás, se habla de dos de los estamentos que componen aquel tribunal, sumos sacerdotes y ancianos, pero no del tercero, los escribas, lo que si por un lado cuadra bien con la impresión que los textos canónicos nos transmiten de que de los tres estamentos del Sanedrín, uno de ellos, los escribas, estaba dominado por los fariseos, en tanto que los otros dos, sumos sacerdotes y ancianos, lo estaban por los saduceos, por otro demuestra que los evangelistas hilan fino en su relato y poco de lo que dicen es casual.

O aquél otro pasaje que relata el papel que desempeñan los saduceos intentando influir en el populacho congregado ante el palacio de Pilatos, mientras el procurador romano se desgañaba tratando

de encontrar un argumento que pluguiese a los muchos congregados ante su palacio para soltar a un Jesús al que no encuentra culpable:

«Pero los sumos sacerdotes y los ancianos [generalmente saduceos según hemos visto], lograron persuadir a la gente que pidiese [...] la muerte de Jesús» (Mt. 27, 20).

Marcos carga dicha responsabilidad sobre los sumos sacerdotes en exclusiva (cf. Mc. 15, 11), descargando de ella a los ancianos; en Lucas no hay tal envenenamiento por parte de los sacerdotes; y en Juan el pueblo no participa, ventilándose el juicio entre Pilatos y los sumos sacerdotes. Un cometido tan denigrante y vil que ya hemos tenido ocasión de ver que en lo que concretamente se refiere al mismo, los fariseos parecen preferir permanecer al margen y no participar.

Si tuviéramos que hacer un resumen, nos hallamos, en el caso de los saduceos, ante unos irreconciliables enemigos de Jesús. Una enemistad derivada no tanto de una cuestión ideológica, sino más bien de tipo político: el temor a que el movimiento impulsado por el profeta galileo pudiese llegar a redundar en un cambio en el statu quo imperante, muy favorable, como hemos visto, a los saduceos.

4. *El estamento real*

La situación en la que se halla Palestina durante el período de Jesús e inmediatamente anterior es muy compleja. Desde la irrupción de los romanos en el territorio con la expedición de Pompeyo en el año 63 a. C., Israel padece el yugo de una dinastía títere avalada por el Imperio a la que la historia conoce con el nombre de «idumea», en atención al origen, Idumea, de sus primeros titulares, Antípatro y su hijo Herodes, y sumamente impopular entre los judíos.

Una impopularidad que deriva, por un lado, de su origen extranjero —tal es considerada en Judea, la región de Idumea con la que colinda al sur—. Y, sobre todo, por su escasa judaización.

Para congraciarse con sus súbditos, el gran rey Herodes, que reinará sobre la totalidad del territorio palestino, ampliará el Templo de Jerusalén hasta convertirlo en uno de los grandes edificios de todo el Imperio, por no decir el mayor. Téngase en cuenta que aún no existe el Coliseo, que será terminado de construir en el año 80, y gracias, justamente, o por lo menos en parte, al tesoro del destruido Templo. Lo que no impide al tirano, sin embargo, ponerle otra vela a los dioses a los que debe el trono, los romanos, construyendo tanto en Cesarea, como en Sebaste, capital de Samaria, templos paganos dedicados a su padrino, el emperador Augusto. Lo que da buena cuenta del eclecticismo que, en lo relativo a política y religión, se gastan los componentes de la dinastía.

El territorio, una vez muerto Herodes el Grande en el año 4 a. C., queda dividido en lo que se da en llamar «tetraarquías», cuatro como su propio nombre indica, aquéllas a las que se refiere Lucas cuando, intentando poner en contexto histórico el ministerio de Jesús, nos brinda los hitos que interesan a un historiador para ello:

«En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea; Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisaniás tetrarca de Abilene» (Lc. 3, 1).

De menor a mayor importancia para nuestro estudio, la primera de esas tetraarquías, la más septentrional, la recibe Lisaniás, rey que menciona Lucas y algunas inscripciones cerca de Abí, pero también Josefo, una tetraarquía que se extiende por Abilene, cerca del Líbano.

La segunda de ellas la recibe Felipe (4 a. C.-33 d. C.), y abarca la Traconítida e Iturea, regiones tan judaizadas como helenizadas.

La tercera de las tetraarquías, la recibe Herodes Antipas (4 a. C.-39 d. C.), y se extiende por Galilea, región llena de gentiles, donde se halla la ciudad de Nazaret, en la cual pasa Jesús su infancia.

Y la cuarta, la más meridional, territorialmente hablando la más extensa y políticamente hablando la más importante, la recibe Arquelao (4 a. C.-6 d. C.), y contiene los territorios de Samaria, Judea y Edom, altamente judaizados los dos primeros, algo menos el tercero.

De estos cuatro reyes, el primero no registra más presencia en el Evangelio que la ya mencionada en el de Lucas.

En cuanto al segundo, Felipe, Filipo, con él no haya Jesús mayor problema, hasta el punto de que en su territorio, concretamente cerca de las ciudades de Tiro, Sidón (cf. v.gr. Mt. 15, 21; Mc. 3, 8) hace Jesús periódicas incursiones, y hasta puede que en ellas encuentre un remanso de paz en los momentos en los que se siente más amenazado. Cerca de Cesarea de Filipo, capital del territorio (cf. Mt. 16, 13-20; Mc. 8, 27-30) instituye a Pedro su sucesor. Este Felipe merece a Josefo una opinión muy favorable:

«Y Filipo (que era hermano de Herodes [Antipas]) murió por aquel entonces, en el año vigésimo de la subida de Tiberio al trono después de haber gobernado él durante treinta y siete la Traconítide, la Gaulanítide y además de estas regiones la nación de los bataneos, y de dar a las gentes sobre las que gobernaba un trato comedido y suave» (Ant. 18, 4, 5).

En lo relativo a Arquelao, tampoco va a registrar mayor problema con Jesús, no por su amabilidad, de la que anda muy escaso según registran las fuentes —Flavio Josefo nos relata que su reinado lo abre con una matanza de tres mil judíos (cf. Bell. 2, 4)—, sino por la sencilla razón de que su reinado será muy breve, el más corto de los cuatro. Y es que en el territorio que recibe Arquelao reina la anarquía y la insumisión, no solo contra el yugo del invasor romano, sino también contra la dinastía herodiana, a la que se considera extranjera — *de facto* es impuesta por los romanos— y poco fiel a la fe judía —de hecho, proviene de Edom, al sur de Judea, territorio poco judaizado—. La situación deviene insostenible para Arquelao, que es finalmente depuesto por el emperador Augusto, quien, tras mandarlo exiliado a Vienne, une su reino a la provincia de Siria bajo el mando del legado Quirinio o Cirino. Quirinio nombra gobernador (llamado comúnmente procurador) de Judea-Samaria, con sede no en Jerusalén sino en Cesarea Marítima, a Coponio—posición que es la que terminará ocupando unos veinticinco años más tarde el famoso Poncio Pilato—, quien, para terminar de revolver la situación, lo primero que hace al tomar posesión de su cargo es imponer un censo para la exacción de impuestos. Este censo, tal y como era de esperar, no queda sin respuesta por parte de los rebeldes judíos, y provoca la que cabe denominar Guerra del Censo propiciada por Judas el Galileo, personaje mencionado en el libro de los *Hechos* (cf. Hch. 5, 36-37). De todo lo cual nos da buena cuenta Josefo que dedica a los personajes y eventos relatados todo el libro 17 de su obra las *Antigüedades*. La presencia de Arquelao en Judea y su fama de crueldad es la que propiciará, según Mateo, que José, el padre de Jesús, al volver del exilio egipcio (cf. Mt. 2, 13-15) que le había sugerido un ángel para escapar de la matanza de infantes ordenada por

Herodes el Grande (cf. Mt. 2, 16-18), se dirija a Galilea y no a Judea, de donde era originario y donde reina el cruel Arquelao.

Y así llegamos al cuarto, el más importante de los cuatro tetrarcas en lo que a nuestro estudio se refiere, con una presencia en el Evangelio de gran importancia. Herodes Antipas recibe la región de Galilea, donde consigue, no sin cierta dosis de crueldad, pero con mucha habilidad, instaurar un reinado de estabilidad y relativo orden. Pues bien, en su territorio tiene lugar toda la infancia y juventud de Jesús, incluso buena parte de su ministerio, hasta tal punto que, excepción hecha de los dos escasos años de vida de Jesús en los que reina Herodes el Grande (los cuales, según Mateo, los pasa Jesús en Egipto), todo el resto de la vida del maestro de Galilea transcurre durante el reinado de Antipas.

4.1. HERODES ANTIPAS

¿Quién es Herodes Antipas? Antipas es uno de los hijos de Herodes el Grande, hijo a su vez de Mariamme, la esposa favorita de su padre, no obstante, lo cual, la manda matar (curiosa manera de amar la de los idumeos).

De él sabemos mucho gracias a Josefo, quien nos cuenta que es nombrado en el año 4 a. C. tetrarca de Galilea por el emperador Augusto (Bell. 2, 4); que mantiene, y esto es muy importante, una estrechísima relación con el emperador Tiberio (cf. Ant. 18, 3, 1), de quien Josefo lo presenta como su confidente principal en la zona, aun por delante del propio legado de Siria (cf. Ant. 18, 5, 1); que reconstruye la capital de Galilea, Séforis, destruida con motivo de la rebelión del año 6 d. C.; que funda en el año 18 su nueva capital, Tiberíades en honor del emperador, lo cual hace en el asentamiento de un antiguo cementerio, lo que la convierte en ciudad impura a los ojos de los judíos (cf. Ant. 18, 10, 3); que manda decapitar a Juan Bautista (Ant. 18, 5, 2 y testimonios evangélicos); que hace la guerra al rey de los árabes Aretas (Ant. 18, 5, 2); y que, al caer Tiberio y sucederle en el trono imperial Calígula, viaja a Roma para recla-

mar su entronización como rey —reina, como hemos dicho, a título de tetrarca— y el agrandamiento de su reino, constatando que, contrariamente a lo que le ocurría con Tiberio, no goza del favor imperial con Calígula, cuyo hombre en la zona es Agripa, sobrino de Antipas, y es exiliado a España (Ant. 18, 7; Bell. 2, 8).



Herodes Antipas. Crónica de Nuremberg (1493)

Su reinado, de larga duración, nada menos que cuarenta y cinco años, se ha caracterizado por una relativa estabilidad, solo interrumpida por episodios menores de desorden público (Juan Bautista), y una guerra no excesivamente larga ni cruenta (contra Aretas), y, en el espíritu heredado de su padre, con profusión de obras públicas y fuerte carga fiscal.